

Didáctica

La forma estética personal y la cultura humanística universitaria¹

María J. Roca

Resumen

Se sugiere la conveniencia de mejorar las formas estéticas dentro de la Universidad, fundamentándolo en que la pérdida de sentido estético va en detrimento del interés por cualquier procedimiento reflexivo. Se aportan, como posibles vías de cambio, el aumento de la confianza entre las personas que componen la comunidad universitaria y la participación activa de los alumnos en este empeño.

Abstract

The Author proposes a general improvement of good manners and aesthetical sensivity at the University environment, since the lack of those values undermines any reflective process. As a suggestion for ameliorating good manners and aesthetical sensivity, the Author puts forward an increase of confidence among members of the Academic community as well as the lively participation of students in this cause.

I.

En un simposio que se ocupa, entre otros temas, de reflexionar sobre el humanismo y la universidad en Europa, me propongo, en el estrecho marco de una comunicación, aportar algunas sugerencias sobre la conveniencia de mejorar el porte externo (el modo de vestir², de hablar, de tratarse) de las personas que trabajamos en esta milenaria institución.

¹ Este texto corresponde al de una comunicación presentada en el V Simposio de Profesores Universitarios Europeos, sobre el tema «Où va l'Europe? Culture, peuples, institutions» (Roma, 28 de septiembre al 1 de octubre de 2006).

² Por la brevedad de la intervención, me centraré sobre todo en el modo de presentarse, sin poder dedicarle al modo de hablar o de tratarse la atención que merecen, que dejo para otra ocasión.

Puede pensarse que ésta es una cuestión menor, y que reviste por tanto una importancia secundaria. Ciertamente es posible. No obstante, el desaliño y el absentismo en las aulas universitarias ha alcanzado en algunos países y en algunas carreras un nivel que me parece que reclama por parte de los profesores universitarios, al menos una reflexión y un intento de cambio, porque en manos de los estudiantes de hoy estará la sociedad mañana. En la licenciatura de Derecho son muy pocos los alumnos que asisten regularmente a clase, en cualquiera de las Universidades españolas³. Prácticamente en todas las ciudades donde se disfruta un clima agradable en primavera y en otoño el atuendo de un universitario (con frecuencia también de los propios profesores) no difiere mucho en el edificio de la facultad y en la playa.

Puede objetarse que si se pretende elevar la asistencia a clase de los alumnos y su porte externo, en realidad estaríamos sólo tratando los síntomas de una enfermedad, pero sin atajar su etiología⁴. Quizá esta crítica tampoco esté exenta de razón, pero a veces tratar los síntomas contribuye notablemente a mejorar el estado del enfermo hasta el punto de que se encuentre mejor para acometer su propia curación. Esta enfermedad no puede curarse sin la voluntad y la activa colaboración del «paciente».

Si hemos descrito someramente el modo de vestir de los miembros de la comunidad universitaria, veamos algunas pinceladas de cómo se comportan fuera de las aulas. Recientemente he visto por primera vez parte de un programa que se retransmite en la TV española titulado «El diario de Patricia». Se trata de un programa de entretenimiento al que acuden los espectadores que lo deseen, para decirle a otra persona ante las cámaras de TV, una frase propuesta en el programa anterior. El breve tiempo de programa que pude ver tenía como frase: «Si yo lo he conseguido, tú también lo puedes conseguir», y acudían una madre para animar a su hija a que adelgazara

³ Pedro Álvarez Martínez, catedrático de Economía aplicada de la Universidad de Extremadura, se quejaba en el diario *El País* («Actividad discente: la cara oculta de la Universidad», 6-VI-2005) del elevado índice de alumnos que faltan a clase: al 41 % de las clases que se imparten asisten menos del 50% de los alumnos. Respecto a los exámenes en esa institución académica, el estudio revela que al 18% de las asignaturas, se presentan menos del 50 % de los matriculados, y al 35 % de las asignaturas se presentan entre el 50 % y el 75 % de los matriculados.

⁴ Ciertamente, esta falta de decoro personal, este gusto por el feísmo en el vestir, manifiesta con frecuencia una crisis de valores, una falta de equilibrio personal que trasciende de lo interno a lo externo.

como ella también lo había hecho, una hija invitando a su madre a superar la pena de la muerte de su padre... En lugar de hablar madre e hija directamente en su casa, se lo dicen ante las cámaras. Pues bien, la presentadora proponía como aserto para el próximo programa: «tu cuerpo me vuelve loca». Y aclaraba: si conoces a un chico que te gusta y no sabes cómo decírselo porque sólo te interesa su cuerpo, envía un mensaje a... (e indicaba una dirección de correo electrónico y un número de móvil).

Si nuestros alumnos, los estudiantes que tenemos en el aula, los que asisten a nuestros seminarios, y todos los que ni siquiera vienen a clase, siguen con interés programas de este estilo, y viven con costumbres más o menos promiscuas en pisos de estudiantes, es obligado plantearse que difícilmente entenderán no ya la literatura mística castellana, sino ni siquiera el mito del *Don Juan*⁵, también propio de nuestra literatura clásica. Evidentemente, no dispondrán de los elementos de juicio necesarios para desarrollar un mínimo de sentido crítico frente a la legislación actual que promueve el divorcio exprés, de modo que resulta más fácil divorciarse que cancelar una cuenta corriente. A un universitario que no asiste a las clases de la mañana, porque ha estado *de movida* la noche anterior, difícilmente se le podrá explicar un libro épico⁶ como la *Eneida* o *El Mío Cid*, ni tampoco el Derecho internacional relativo al Derecho de guerra; es siempre pacifista, y por «coherencia con su pensamiento» no deberá saber nada de relatos de guerras, ni de cualquier texto jurídico donde se prevea su posibilidad. Resultará complicado que un estudiante de Derecho aprenda que el fin del Derecho es la justicia, porque para él el fin prioritario es la comodidad, y en tal caso le parecerán justas todas las medidas legislativas o decisiones judiciales que faciliten la comodidad inmediata de sus destinatarios.

Por estas razones, mi comunicación a este simposio no tratará de cómo mejorar el conocimiento de las ciencias humanísticas en la Universidad, sino de ofrecer algunas propuestas sobre cómo mejorar

⁵ Sobre el mito del Don Juan puede verse MARAÑÓN, Gregorio: *Don Juan. Ensayos sobre el origen de su leyenda*, 10ª ed., Madrid, 1964, especialmente pp. 67-114.

⁶ PIEPER, Josef: *Über die Schwierigkeit heute zu glauben*, München, 1974, trad. Esp. *La fe ante el reto de la cultura contemporánea (Sobre la dificultad de creer hoy)*, 2ª ed. Madrid, 2000, p. 181, ha escrito con acierto que no está de moda ser héroe en el sentido de un esfuerzo sobrehumano de la virtud de la fortaleza, sí en el sentido de quien recibe un gran golpe de fortuna, un gran estrategia, que tiene éxito sin esfuerzo.

la educación humana de los alumnos que llegan a la universidad, y cómo procurar mantenerla mientras son alumnos de las aulas universitarias.

A mi modo de ver esta corriente de desaliño, descuido y deterioro moral de la comunidad universitaria, hace hoy tanto o más daño a la cultura en general y al cristianismo en particular que las corrientes de pensamiento contrarias a la doctrina de la Iglesia. Si Nietzsche pudo afirmar: «Hasta ahora, el cristianismo ha sido siempre atacado de un modo (...) equivocado. Mientras la moral del cristianismo no se conciba como un crimen capital para la vida, sus defensores lo tendrán siempre difícil. La cuestión de la verdad del cristianismo (...) es una cosa completamente secundaria mientras no se aborde la cuestión del valor de la moral cristiana.»⁷ Hoy podríamos decir, que las dificultades de asimilación de la cultura cristiana en la universidad no provienen tanto de que se ataque directamente su doctrina desde las cátedras, sino del paulatino deterioro de su ambiente humano y moral.

II.

En apoyo de una mejora del aspecto estético de las personas que integramos la comunidad universitaria, y también de los propios edificios donde se imparte de la docencia, aunque aquí nos centremos en el porte de las personas más que en el cuidado de los materiales, se podría decir con v. Balthasar que no hay formación humana fecunda que pueda prescindir de la dimensión de lo bello.⁸

Si a nuestros alumnos, a nuestros colegas, a nosotros mismos, deja de interesarnos la belleza⁹ (al menos nuestro decoro y armonía externa en el vestir, en el hablar, en el comer), el interés por el co-

⁷ RATZINGER Josef, en PERA, Marcello / RATZINGER, Josef: *Sin raíces. Europa. Relativismo. Cristianismo. Islam*, trad. Esp. B. Moreno Carrillo / P. Largo, Barcelona, 2006, p. 120.

⁸ v. BALTHASAR, Hans Urs: *Herrlichkeit. I. Schau der Gestalt*. 1961, trad. Española, *Gloria*, vol. I. La percepción de la forma, Madrid, 1985, p. 16, «no ha existido ni puede existir ninguna teología intrínsecamente grande e históricamente fecunda que no haya sido expresamente concebida y dada a luz bajo el signo de lo bello y de la gracia».

⁹ Nos referimos aquí a la belleza no en cuanto a la apariencia; es decir a la sensibilidad hacia las formas externas bellas, sino a la belleza en tanto que refleja el bien y la verdad. Sobre esto, puede verse RUIZ RETEGUI, Antonio: *Pulchrum. Reflexiones sobre la belleza desde la Antropología cristiana*, Madrid, 1998, p. 62.

nocimiento reflexivo de nuestra propia disciplina¹⁰, y por los razonamientos lógicos que permiten su desarrollo, se verán tarde o temprano debilitados.¹¹ Ciertamente, se podría objetar que tales argumentos resultan válidos cuando hablamos de la belleza entendida como idéntica al ser, al espíritu y a la libertad, no como algo puramente esteticista¹², que es más bien la que se reflejaría en el vestir pulcro y cuidado, en la manera de comportarse respetuosa y educada. Ahora bien, estimamos que el decoro en el vestir ayuda en el camino de volver a despertar la capacidad de captar lo verdadero, que se muestra tan necesario en el contexto relativista de la cultura occidental. La verdad, el bien y la belleza son valores que «vibran juntos» o que se «arrastran entre sí», (...) pero la verdad cuando habla de sí misma, para algunas personas es muy árida, y no la saben entender. Es que el bien, cuando habla de sí mismo, es muy exigente y se muestra tan duro su camino... A veces la belleza, que lo sabe hacer mejor, puede hablar del bien y de la verdad.¹³

Como se ha dicho, «bien comprendida la lógica de los procesos creadores, se advierte una profunda afinidad entre la experiencia estética y otras experiencias humanas: la ética, la metafísica, la religiosa... En el origen de todas ellas se encuentra una realidad que apela al hombre, que le invita a responder creadoramente, asumiendo las posibilidades lúdicas que le ofrece».¹⁴

Si esto resulta válido para cualquier persona, en el caso del cristiano, habría que recordar que éste (...) sólo realiza su misión —en cualquier época pero, sobre todo, en la nuestra— cuando deviene efectivamente esa forma querida y fundada por Cristo, en la que lo externo expresa y refleja de modo creíble el mundo de lo interno, y esto últi-

¹⁰ v. BALTHASAR, Hans Urs: *Gloria...* op. cit., p. 22, «La belleza, última palabra que puede pronunciar el intelecto reflexivo, ya que es la aureola del resplandor imborrable que rodea la estrella de la verdad y del bien y su indisoluble unión».

¹¹ v. BALTHASAR, Hans Urs: *Gloria...* op. cit., p. 23, «En un mundo que ya no se cree capaz de afirmar la belleza, también los argumentos demostrativos de la verdad han perdido su contundencia, su fuerza de conclusión lógica». Los silogismos funcionarán como es debido, pero el proceso que lleva a concluir es un proceso que a nadie interesa, y la conclusión misma ni siquiera concluye nada.

¹² v. BALTHASAR, Hans Urs: *Gloria...* op. cit., pp. 25-26.

¹³ MILLÁN PUELLES, Antonio, Prólogo a URBINA, Pedro Antonio: *Filocalia o amor a la belleza*, Madrid, 1988, p. 17.

¹⁴ LÓPEZ QUINTÁS, Alfonso: *Cuatro filósofos en busca de Dios*, 2ª ed., Madrid, 1990, p. 205, hablando de la influencia de la música en la conversión de Manuel García Morente.

mo queda verificado y justificado a través del reflejo externo convirtiéndose así en algo digno de ser amado en su radiante belleza». ¹⁵

III.

Entre los aspectos positivos que serían la consecuencia de una mejora del cuidado en el vestir dentro de la comunidad universitaria, y por tanto un crecimiento en la guarda de esferas que pertenecen a la intimidad de la persona, cabe señalar el crecimiento de la capacidad de relación humana. Las relaciones de amistad entre los estudiantes tampoco parece que atraviesen su mejor momento. Creo que muy pocos universitarios españoles de hoy podrían escribir, como hizo Tolstoi, unos recuerdos de su época universitaria en los que hubiera una amistad como la del éste con Dimitri ¹⁶. Como se ha dicho, a una mayor capacidad de relación corresponde un grado más alto de intimidad, y por tanto es más abarcador y más amplio el poder de relación en la misma medida en que tiene una mayor intimidad el portador de la relación. ¹⁷ Y en efecto, nuestras universidades están muy necesitadas de una mejora de las relaciones humanas. Sin ellas, desde luego, será muy difícil formar discípulos, pero también los alumnos entre sí se sienten a menudo solos y perdidos. De las grandes universidades masificadas de mi país se ha dicho, «quien obtiene un título en la universidad X ha aprendido dos cosas: la carrera y a sobrevivir...» Tal es la sensación de anonimato que se experimenta. Pero esto ocurre hoy también en las pequeñas universidades de provincias. Cuesta que los alumnos elijan un representante, porque no se conocen entre sí; falta la picaresca de unos alumnos que transmiten a otros las «manías», los gustos y las preferencias de los profesores en los exámenes, porque debido al fenómeno de absentismo generalizado, muchos alumnos no conocen a sus profesores ni a sus compañeros.

Entre las causas (o entre las consecuencias, pero seguramente en estrecha dependencia) que dan lugar a este desaliño en las aulas está el individualismo ¹⁸. Como se acaba de mencionar, muchos de

¹⁵ v. BALTHASAR, Hans Urs: *Gloria...* op. cit., p. 31.

¹⁶ TOLSTOI, LEON: *Juventud*, trad. española a cargo de Irene Tchernova, Madrid, 1946, cap. XXII.

¹⁷ MELENDO, Tomás: *Las dimensiones de la persona*, Madrid, 1999, p. 126, siguiendo a Pieper.

¹⁸ A mi juicio, ayuda a entender la influencia del individualismo en la cultura actual de occidente la lectura de *Ecclesia in Europa*, de Juan Pablo II.

los alumnos no conocen a sus compañeros de clase. Por ello, son pocos los que sienten vergüenza o pudor de que les vean así (con la ropa sin planchar, con falta de aseo o de decoro) las personas que les quieren, porque seguramente son muchos los que acuden a las aulas pensando que ellos a nadie le importan. Pienso que quizá hoy es más ésta la causa del descuido que una pretendida reivindicación de autenticidad, descomplicación, o espontaneidad¹⁹, aunque lógicamente el menor esfuerzo que requiere el desaliño siempre encuentre argumentos más o menos sofisticados con los que uno puede justificar su pereza.

IV.

Hemos intentado hasta ahora mostrar que se necesita un cambio en el decoro universitario, y que ese cambio vale la pena y traería efectos muy beneficiosos para la tarea que incumbe a esta multiseccular institución de formar personas íntegras que presten un servicio útil a la sociedad. ¿Cómo se podría conseguir ese cambio?, ¿qué medidas cabría adoptar desde los órganos de gobierno de la universidad que influyeran en una efectiva mejora? ²⁰ Como es sabido, «el bien no se impone ‘por sí mismo’, sino que necesita del compromiso de la persona, no sólo en lo pequeño, sino incluso posiblemente del sacrificio en un sentido totalmente estricto».²¹ Es decir, parece que no basta el *laissez faire* por parte de todas las personas que por profesión tenemos un compromiso con esta institución. Estimo que son necesarias medidas de gobierno desde el rectorado, el decanato, o el órgano competente en cada caso, tendentes a:

1º. Crear ambientes en los que se pueda aprender de modo fácil y atractivo un comportamiento estético moderno y decoroso a la vez²².

¹⁹ SPAEMANN, Robert: *Glück und Wohlwollen*, Stuttgart, 1989 trad. Esp. *Felicidad y benevolencia*, Madrid, 1991, pp. 246-247, «La naturalidad y dignidad del hombre están unidas entre sí de modo indisoluble. Por su parte, la humanización del impulso natural no consiste en su desnaturalización, sino en su consciente integración en un plexo vital humano y social».

²⁰ Naturalmente, facilitaría mucho que en los centros de enseñanza primaria y bachillerato se cultivara el cuidado del decoro y el respeto de las formas, pues en esas edades el sujeto es más receptivo, y hay mayor capacidad de influir que a la edad universitaria.

²¹ PIEPER, Josef: *La fe ante el reto...* op. cit., p. 183.

²² ESCRIVÁ DE BALAGUER, Josemaría: *Camino*, n. 376, «¡Influye tanto el ambiente!», me has dicho. —Y hube de contestar: sin duda. Por eso es menester que sea

Salvando las distancias y aplicando este pensamiento de Benedicto XVI²³ al tema que aquí nos ocupa, ningún grupo de expertos puede fundamentar el sistema moral de occidente, sólo un ser vivo puede dar vida a otro ser vivo. Ningún grupo de expertos universitarios puede imponer un cambio en las formas estéticas de la universidad. Para favorecer las formas de respeto personal y de convivencia entre universitarios que contribuyan a elevar el tono moral, cultural y humano entre los estudiantes, parece más adecuado partir de las instituciones que ya existen y están vivas. En España pueden resultar útiles en este sentido los Colegios Mayores y Residencias Universitarias, instituciones de las que son frecuentemente titulares órdenes religiosas. En Alemania quizá las llamadas *Studentenverbindungen*, que no tienen una vinculación religiosa tan clara, pero sí unas metas de cultivo de virtudes humanas, al menos teóricamente. Se trata de comunidades de universitarios donde es más fácil formar personalmente a los estudiantes, y quizá ese grupo de estudiantes mejor formados pueden después ser fermento dentro de las masas más anónimas de las facultades.

Esta intervención pretende ser una llamada a reflexionar sobre el modo de vestir, de hablar y de comportarse de los profesores y alumnos como una vía para contribuir a que la comunidad universitaria sea capaz de aceptar voluntariamente unas pautas que humanizan y que ayudan a captar la propia cultura. No es posible imponer esto, ni pretender que todo quede fijado en un exhaustivo código de conducta²⁴. Se trataría más bien de, a través de «minorías activas», intentar que esto forme parte de la cultura humanística del universitario. Dentro de esas minorías activas destacaría también el papel relevante de los representantes de alumnos en las universidades. Si se consiguiera que los representantes de alumnos hicieran propia la causa del «saber estar, saber vestir y saber hablar», sería un paso im-

tal vuestra formación, que llevéis con naturalidad vuestro propio ambiente, para dar “vuestro tono” a la sociedad con la que conviváis.

—Y entonces, si has cogido ese espíritu, estoy seguro de que me dirás con el pasmo de los primeros discípulos al contemplar las primicias de los milagros que se obraban por sus manos en nombre de Cristo: “¡Influimos tanto en el ambiente!”».

²³ PERA, Marcello / J. RATZINGER, Josef: *Sin raíces...* op. cit., consideraciones finales.

²⁴ Sólo la justicia final da sentido moral. Si no se pueden imponer sanciones, no tiene sentido tal código de conducta. WOJTYLA, Karol: *Mi visión del hombre*, Madrid, 1997, p. 69, «sin la idea de justicia final, la existencia terrena del hombre pierde su sentido moral».

portante para organizar cursos en los que se explicara el fundamento antropológico y cultural de estas pautas de conducta, y para alcanzar un cambio efectivo en el ambiente universitario.

2º Favorecer un clima de confianza. En mi país se aprecia un tratamiento desigual al alumno y al profesor universitario por parte de los órganos de gobierno. El profesor está sometido a numerosos controles (debe firmar un parte de asistencia a clase, de modo que se pueda comprobar de modo eficaz que no ha enviado a un suplente a que imparta su clase, permisos de ausencia, aunque esta se deba a la asistencia a un congreso, etc.), que quizá estén todos ellos justificados. Pero al alumno, en cambio, no se le puede pedir la asistencia a clase como obligatoria en nuestras universidades, ni hay una posición equitativa de exigencia de algún tipo de responsabilidad académica en su principal obligación: estudiar. El alumno puede pedir la revisión de sus exámenes ante un Tribunal del Departamento, y finalmente aunque no apruebe puede solicitar de una comisión de la Junta de Facultad que le aprueben esa asignatura por compensación, mediante una evaluación curricular. Menos aún se le puede pedir un comportamiento externo determinado en un aspecto no estrictamente académico como es el decoro. La desigual posición entre profesores y alumnos en los aspectos disciplinarios y docentes desemboca en que el profesor se sitúe a la defensiva frente posibles demandas ante órganos de gobierno de la propia universidad (consejos de departamento, tribunal de garantías, etc.). Sería deseable que pueda haber una relación de mutua confianza entre docentes y discentes. La transmisión de este tipo de conocimientos (sobre el comportamiento estético), sólo puede darse en un clima de confianza. Debería permitirse a un docente decirle a los estudiantes, por ejemplo, que la ropa que llevan es adecuada para el deporte, pero no para asistir a un examen de la licenciatura, con el debido respeto a su dignidad y sin temor a que el alumno demande al profesor, y el rectorado haga llegar una circular a todos los profesores comunicándoles que tienen el deber de respetar el derecho al libre desarrollo de la personalidad de los alumnos y, por tanto, no pueden hacer ninguna advertencia sobre su atuendo.

V.

La decidida propuesta de una mejora del porte personal de los alumnos, desde luego que nada tiene que ver con una pretensión de

uniformarlos ni de hacerles «volver» al estilo de épocas pasadas. Tampoco es una meta que puedan alcanzar exclusivamente quienes tienen una posición económica privilegiada que les permite gastar sin medida. Por el contrario, los tres enemigos de la belleza en el sentido que aquí se propone son la sensualidad, el poder y el dinero.²⁵ Por ello, el decoro personal de la comunidad universitaria, ni responde al instinto de las pasiones, ni a la tiranía del poder de la moda o del dinero. La belleza es cosa del ser, no de la sensibilidad, y, por lo mismo, lo que real y propiamente lleva a ella no es el gusto, sino el amor²⁶.

La cultura (...) «sabe proponer exigencias y sostener ideales, sin los cuales es difícil para el hombre creer en la propia dignidad y educarse a sí mismo»²⁷. Los profesores universitarios estamos llamados a luchar por vivir esas exigencias de modo que podamos proponerlas a los demás y sostener los ideales cristianos allí donde su influencia sea menos visible o se haya debilitado.

Noviembre de 2006

María J. Roca
Catedrática de Derecho Eclesiástico
Facultad de Derecho de Orense (Universidad de Vigo)

²⁵ URBINA, Pedro Antonio: *Filocalia o amor a la belleza*, Madrid, 1988, p. 236.

²⁶ MILLÁN PUELLES, Antonio: prólogo a URBINA, Pedro Antonio: *Filocalia...* op. cit., p. 15. La belleza no se gusta, se ama. La emoción es un acto menor.

²⁷ JUAN PABLO II, A los estudiantes en Gniezco (3-VI-1979), recogido en JUAN PABLO II, *A los universitarios*, Pamplona, 1980, p. 136.